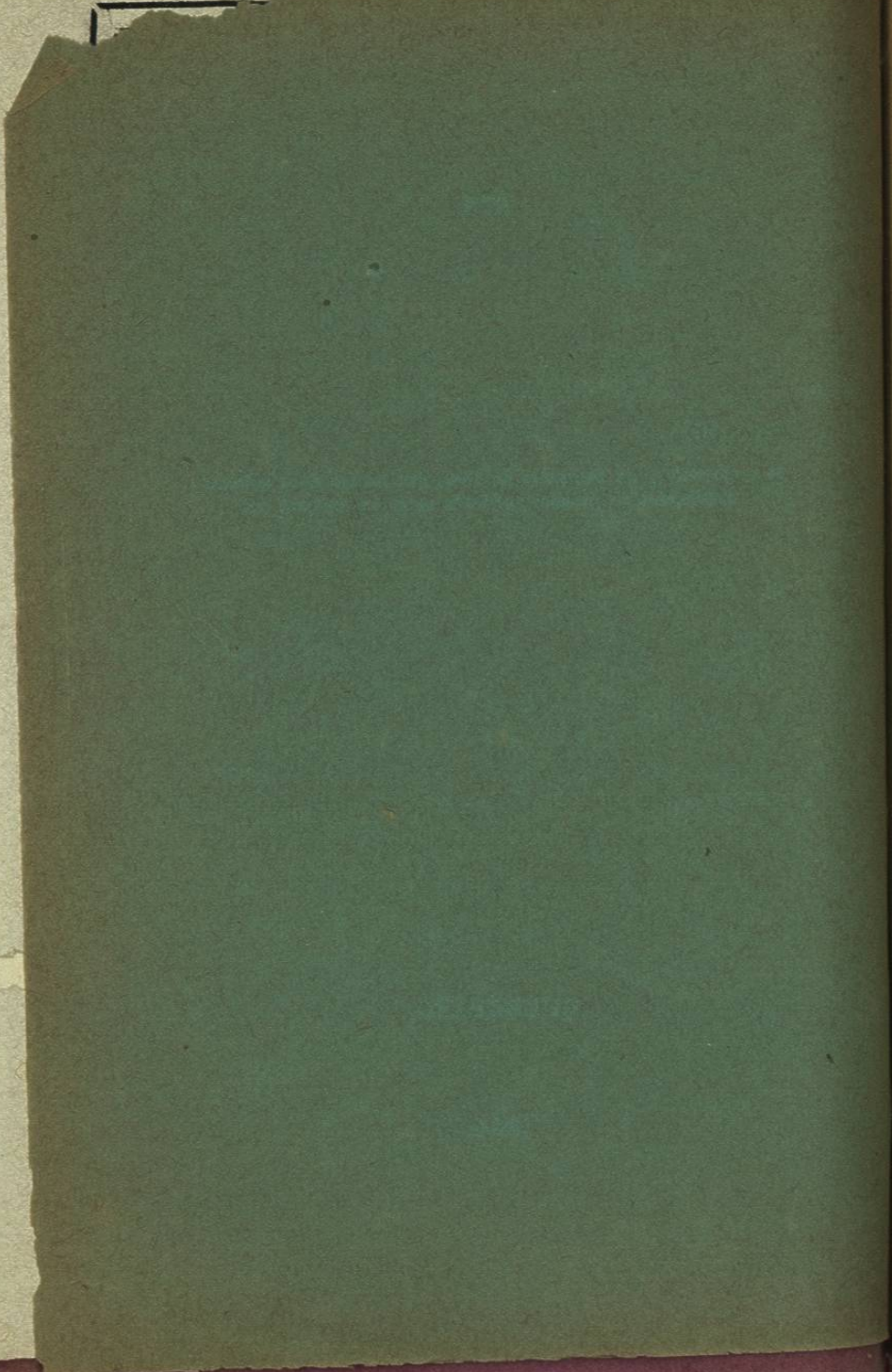


U 27



DISCURSO

QUE

pronunció el Señor Catedrático de Filosofía del Derecho

LIC. D. JUVENTINO GUERRA,

la noche del 17 de Setiembre de 1884, con motivo de la solemne
distribucion de premios verificada entre los alumnos del

Liceo Católico.



QUERÉTARO.

TIPOGRAFIA DE GONZALEZ Y C^a

Santa Clara número 2.

1884.

CAP

FERNAN



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

El Liceo Católico dió punto á sus tareas escolares con la solemne distribucion de premios verificada la noche del diez y siete del actual. Fundado hace apenas un año, sus resultados axcedieron con mucho á nuestras esperanzas y la vitalidad de que hoy goza seria capaz de causarnos asombro, si no abrigáramos el convencimiento de que la mano de Dios lo protege visiblemente. Sin elementos en lo humano y solo con la buena voluntad de varios profesores, cuya abnegacion y desinteres nunca serán ponderados como corresponde, estuvieron constantemente abiertas diez y nueve cátedras, en las cuales adquirieron los alumnos conocimientos apreciados debidamente por la culta sociedad de esta capital. Se mejoró el edificio, está para concluirse un salon destinado á los aparatos de gimnasia, se dotó la clase de química, se compraron dos pianos para la de música y se ejecutaron algunas otras obras importantes. Sea Dios por ello bendito.

Para el año próximo contarémos con un gabinete de física á efecto de que las lecciones en esta materia sean tan fructuosas como es de desearse, y poco á poco irémos mejorando el Instituto hasta colocarlo á la altura que reclaman los adelantos de la época.

En el acto solemne de que hicimos mérito al principio, el Sr. Lic. Don Juven- tino Guerra, profesor de Filosofia del Derecho, pronunció el discurso que creemos oportuno publicar, persuadidos, como lo estamos, de que ha de producir algun bien.

El veintitres del entrante se abrirá de nuevo el Colegio y las matriculas se recibirán desde el dia ocho.

Querétaro, 30 de Setiembre de 1884.

Florencio Rosas.

Juan Gonzalez.

1127



ILMO. SEÑOR.

SEÑOR GOBERNADOR.

SEÑORES.

NO es una solemnidad política, una de las estrepitosas solemnidades de que tan pródiga se muestra la época actual, la que nos reúne en estos momentos que traen á la memoria reminiscencias gratísimas y endulzan el corazón con el sabroso dejo de las pasadas fruiciones. Es una pequeña fiesta sin aparato y sin ruido, sencilla como la verdad, franca, cordial y expansiva como la juventud que es su objeto. Acaso, si no fuera así, ¿podría justificarse en esta tribuna, la presencia de quien como yo, desconoce, las notas musicales de la palabra, las concertadas cadencias del lenguaje, las brillantes armonías y los arrobadores trinos de la elocuencia? ¿Encontraría disculpa mi atrevimiento?

Señores: Las envidiables dotes oratorias me faltan; pero, por fortuna para mí, no voy á hablar en alguna de las asambleas del

CAPITULO

FERNAN

gran mundo, donde se exige ante todo la brillantez de la forma, donde la púdica desnudez de la verdad causa espanto y donde se honra al error si se atavia con magnificencia. Me dirijo á personas forzosamente benévolas porque participan de mis ideas y comparten mis sentimientos, á jóvenes entusiastas, como entusiastas ardientes y como ardientes bondadosos. Hablo en el seno de la amistad cariñosa, al suavísimo calor de bienhechores recuerdos y al influjo tutelar de inspiraciones bien rectas. No esperéis un discurso: ¿quien soy yo para tanto? Trátase de una expansion en familia, íntima y secreta, provocada por el deber y movida por mi conciencia. Así y todo, os hablaré de un asunto importantísimo y trascendente, mas trascendente, sin duda, que los que ocupan de ordinario á los modernos cuerpos deliberantes y os hablaré con el valor que causa siempre la proximidad del peligro.

Grave, muy grave es la crisis porque atraviesa el mundo. Sus antiguas dolencias se exacerban: nuevos y profundísimos males vienen á herirlo todos los dias, depositando en su seno el virus corrosivo que lo compenetra y lo envuelve. Echa á andar y se estravía en el complicado laberinto de sus estrechos senderos. Se afana por salir, pero en vano: se halla sin luz en sus ojos, sin claridad en sus horizontes. Agítase en convulsivo movimiento, y como si estuviera tomado por una especie de vértigo, loco y fuera de sí, dá grandes pasos y se encamina al abismo. Si quiere descansar agobiado por fatigas tan indecibles, su reposo es igual á la parálisis de la muerte, su quietud al silencio aterrador de la tumba. Dirigid conmigo sobre él una ojeada rapidísima y os convencereis de que no exagero.

¿Qué descubre la vista ménos perspicaz en el fondo de nuestras sociedades modernas? indiferencia profunda, egoismo glacial, fiebre delirante por la riqueza en todas sus formas, por el goce material en todas sus manifestaciones. Rotos los lazos de la unidad en la ciencia, una teoria sucede á otra nueva con

rapidez asombrosa y acábase al fin por no prestar ascenso á ninguna. Desconocido el amor del hombre por el hombre, con sus goces tan suaves como los perfumes del campo, una ambicion solo cede á otra mas poderosa ó mas fuerte, y así, Señores, como dice un elegantísimo escritor español, las teorías se multiplican y las ambiciones se desbordan, dejándonos, agrego yo, como fruto, la soberbia y la vanidad, la pereza y la intemperancia, la locura y la insensatez, el vicio en toda la repugnante variedad de sus formas. Perdidas las aspiraciones á lo infinito, título elocuente de nuestra dignidad y oculto sello de nuestra grandeza, nos basta para nuestra dicha recoger un puñado de oro ó escalar un empleo, vestir á la moda ó danzar con elegancia, hundirnos en el cieno ó apurar con avidez el fugitivo placer de un dia. Nos satisface como triunfo pronunciar cuatro palabras pomposas, siquiera sea sin sentido, ó sorprender por acaso un hecho raro, un fenómeno curioso, una ventajosa aplicacion de las fuerzas, cuando la causa primitiva del portento se nos oculta y no alcanzamos á ver su relacion trascendente.

Hoy se tiene por sabio al que mas pregona en todos los tonos su vanidad ignorante; como hábil político al que miente mejor y se sobrepone á los otros, sean cuales fueren los medios: en cuanto al diplomático, sigue el mismo sistema aunque en escala mas alta.

El éxito es el dios del siglo y ante él se prosternan con resignacion vergonzosa los individuos y los pueblos: el sacrosanto principio de la justicia se mira con desdén como la expresion de la impotencia ó el refugio de la debilidad.

La vida de las naciones descansa toda entera en el equilibrio de los intereses y . . . un simple giron de tierra, una alza en la riqueza vecina, negocios afortunados ó aumento en el efectivo de los ejércitos permanentes determinan con la guerra, el incendio, la desolacion y la muerte.

El poder que nació de la intriga se arraiga con la fuerza y la sumisión es menos el resultado de una obediencia racional, mejor debe decirse, cristiana, que de una indolente apatía y una profunda ignominia. Seguid analizando, Señores, y encontrareis en el hogar, planta y modelo de la sociedad primitiva, no la felicidad sonriendo bienhechora, sino la desgracia fatídicamente sentada sobre las augustas ruinas de la familia. Y el hombre, saturándose con la atmósfera pestilencial de su tiempo y de su siglo, corre desatentado y loco en pos del abyecto placer que lo envilece, y roba sin pudor, y mata á sus hermanos, y ultraja á la mujer, y prostituye á los niños, y se revuelca en el fango.

Para qué mas, Señores? Tan numerosos escombros bastan para hundirnos y sofocarnos con su enormísimo peso. El mundo moral se extremece en convulsiones dolorisísimas y al presenciar tamaña catástrofe, con el astrónomo ilustre á quien Atenas colocó en el Aréopago y Roma en los altares, pudieramos repetir por una razón de identidad pavorosa: "O el Autor del mundo sufre, ó la máquina del Universo se desploma." Y ¿cómo no ha de sufrir, si día por día se renueva el terrible drama que hizo palidecer á las estrellas, y puso sombras en el sol, y conmovió los espacios y conturbó los cielos!

¿Estarémos condenados á perecer sin remedio? Ah! no, Señores: el Lázaro del siglo decimonono puede romper sus ataduras mortuorias y renacer á la vida. Aquel que *"guarda con sus ojos la ciencia"* nos ha dejado sus enseñanzas y con ellas la posibilidad del milagro. *Querer es poder, cuando se quiere en el espíritu de la Omnipotencia misma.*

Para reconstruir un edificio es indispensable renovar los cimientos.

Las generaciones nacientes traen en su seno la salud que hace falta á nuestras sociedades enfermas. No permitamos que la juventud se contagie: cuidémosla como se cuida una planta

delicada de los ardores del sol y de los embates del viento. Demos á esa juventud generosa, no el falso brillo de la ciencia del día que enseña á dudar de todo, sino el vivísimo resplandor que lanza la filosofía del Angel de las escuelas. Porque debo decirlo, Señores: *solo la verdad católica es fecunda, solo la enseñanza que la toma por base satisface á la inteligencia y es capaz de regenerar á los pueblos.*

Para desarrollar esta tesis seria necesario un libro: yo debo limitarme á unas cuantas frases por no causaros fatiga.

Desde el principio de los siglos, dos escuelas han combatido en el mundo sin tregua ni descanso por el cetro de la Omnipotencia científica: la escuela pseudo-filosófica y la escuela teológica; la racionalista y la dogmática; la que sostiene como principio que basta la razón por sí sola para conocer todo género de verdades, y la que enseña que para elevarse á la esfera de los conocimientos supra-sensibles, es necesario el auxilio de una palabra de lo alto, de una revelación superior. La primera ha tomado mil matices y revestido mil formas, ha multiplicado sus contradictorios sistemas en número inenarrable, desde las enseñanzas materialistas de Zenon y de Epicuro, hasta el materialismo desesperante de Cabanis y Littré; desde la duda categórica de Pirron, hasta la metódica de Descartes; desde el idealismo platónico, hasta las abstrusas nebulosidades de la Alemania del Norte; desde el experimentalismo inductivo de Aristóteles, hasta el positivismo de Mill; desde el "eritis sicut dii" de la serpiente, hasta la indecible blasfemia que ha salido de la boca de M. Prondhom: la segunda ha permanecido idéntica é inalterable, como que procede del Ser que no conoce mudanzas. Ahora bien, Señores: probar que el filosofismo, sea cual fuere su forma, no puede satisfacer á la inteligencia, es probar por el mismo hecho que ella solo se satisface con la verdad revelada, y quien dice revelada, dice católica.

El talento gigantesco de San Agustín nos ha dejado de la ver-